

SEGURIDAD URBANA

La inseguridad, referida al riesgo que proviene de acciones intencionadas de otro ser humano, es relevante por la magnitud e importancia que adquiere en el devenir de nuestra convivencia urbana. En la ciudad de Buenos Aires los robos y hurtos representan el 66% de los delitos denunciados contra el 17.78% de homicidios; el 20% más rico de la población recibe el 52.1% de la riqueza contra el escaso 4.2% que recibe el 20% más pobre. También se podría agregar que en la ciudad viven 150.000 personas en casas usurpadas y que 320.000 adolescentes no trabajan ni estudian actualmente en el conurbano bonaerense, lo que implica una segregación social elevada y una potencial fuente de conflictos cuyas consecuencias son imprevisibles.

La percepción de ser víctima de un hecho delictual provoca cambios físicos en la morfología urbana: se cierran calles, se enrejan las casas, proliferan las alarmas, los perros, etc. Por otro lado, también produce un cambio en las conductas de las personas, al modificar éstas sus rutas habituales o evitar lugares y ciertas horas para circular.

Vanderschueren señala que el aumento de la delincuencia es una realidad que impacta en mayor medida a los pobres. Un barrio pobre con infraestructura inadecuada es más difícil de proteger que las áreas residenciales o los centros de las ciudades, al ser más difícil el ejercer un control policial.

Por otro lado la pobreza es una amenaza en sí misma. Si bien no es cierto que existe una correlación entre pobreza y delincuencia, es cierto que la pobreza masiva crea condiciones para inducir a algunos pobres a la delincuencia. Se ha demostrado en varios estudios que las conductas agresivas no surgen de la frustración social, sino que de la socialización y del aprendizaje de los actores.

Los enclaves urbanos formados exclusivamente por población en situación de pobreza han crecido en los últimos años. Uno de los factores más importantes de tal crecimiento han sido los programas de vivienda social, desarrollados por distintos gobiernos durante las últimas décadas. Estos han operado mediante modalidades generales de radicación y de erradicación de conjuntos irregulares. Se ha localizado a las personas en el mismo lugar que ocupan el asentamiento precario o han desplazado grandes masas poblacionales hacia áreas deprimidas de la ciudad, donde el suelo urbano es relativamente más barato, reforzando procesos de fragmentación y de segregación.

La zona Sur de la ciudad de Buenos Aires es una clara muestra de esta política errada.

Por otro lado vemos que en el diseño de los conjuntos de vivienda social no se ha considerado seriamente la variable seguridad, siendo común la conformación de tramas laberínticas, la distribución de fachadas continuas sin control visual de la calle o de entornos inmediatos, circulaciones públicas de acceso o salida de los conjuntos a través de sitios deteriorados, la existencia de pasajes con escasa visibilidad, etc.

Si la ciudad no logra producir sensación de seguridad y bienestar, se produce un repliegue de la vida social hacia el mundo privado, inhabilitando a la población en su capacidad de apropiarse de los espacios públicos intervenirlos y controlarlos.

La forma en que se percibe el ambiente determina en gran medida las conductas y actitudes ambientales.

Vanderschueren refiriéndose a la situación latinoamericana, señala que el proceso de urbanización actual que tiende a generalizarse en el mundo ha llevado a una crisis de ciudades. Uno de los síntomas de esta crisis es el incremento de la violencia urbana en todas las regiones del mundo. Una ciudad que crece, asimila en pocos años grupos de diversos orígenes y si no logra crear nuevos puestos de trabajos y servicios adecuados, se enfrenta a una crisis de integración. Uno de los síntomas de esto es el aumento de la delincuencia.

Este autor destaca tres factores que contribuyen a la crisis de integración.

El primero de ellos es la dimensión adquirida por el tráfico de drogas, que permite la existencia de mafias con poder financiero y, por ende, una influencia considerable que ejercen, ya sea a través de la corrupción, de la amenaza o de la extensión de su comercio en todos los sectores sociales. Este es un factor que debilita los controles sociales y dinamiza la delincuencia.

Un segundo factor se relaciona con la evolución del mercado del trabajo.

La limitación de las ofertas de trabajo conduce a la generación paralela de un mercado de la informalidad. Estos informales contribuyen a forjar el mercado del trabajo y tienden a ser el universo donde los pobres de la ciudad se educan.

Finalmente, la disminución del papel de los sindicatos y/o partidos políticos, cuyas organizaciones constituían escuelas de formación de los trabajadores y de sus familias, deja sin referencia a los pobres.

Además, Vanderschueren señala que el rol educativo tampoco lo cumple la escuela en los sectores populares, ya sea por el bajo nivel de calificación que tiene, o por el ausentismo escolar en este medio.

Carrión va más allá en la descripción de la crisis de las ciudades.

Este autor plantea que producto de la modernización de nuestras sociedades, las instituciones tradicionales -iglesia, familia, escuela- han perdido eficacia como cohesionadores de las comunidades y como instancias claves en el proceso de inserción de los individuos en un orden simbólico y normativo.

En este contexto se verifica una tendencia al repliegue sobre la familia como último recurso protector y a un comportamiento social individualista.

Una serie de procesos favorecen el desapego de las familias para con el espacio público de su hábitat residencial. Uno de ellos es que los conjuntos habitacionales producto de la política social de vivienda nacen desarraigados, ya sea por su alejamiento frecuente de la trama urbana, o por la carencia de espacios de encuentro que permitan la socialización necesaria para que surjan sentimientos de comunidad. Pero el factor más decisivo es que la seguridad queda definida normalmente en forma externa.

Los programas de vivienda social, impulsados por distintos gobiernos, reconocen sólo la propiedad de la vivienda y el sitio, definiendo o indefiniendo al espacio público como propiedad de nadie y atribuyéndole en la práctica su resguardo al Estado. Consecuencia de esto es que la primera prioridad de los proyectos de seguridad ciudadana en nuestro país sea solicitar más cárceles y penas mas duras.

El delincuente es también parte de una sociedad y de una comunidad, la cual al experimentar inseguridad es impotente para protegerse a sí misma.

Sin embargo, los delincuentes son delincuentes. Por mucho que mejoren las condiciones económicas un delincuente no dejará de serlo. Por otro lado, por mucho que se perfeccionen las medidas policiales y judiciales estas dependen en última instancia de la colaboración de una comunidad habilitada.

El papel de la comunidad es crucial para combatir la delincuencia y para convertir la ciudad en un lugar seguro. Sólo una comunidad que ejerce efectivo control sobre su espacio -tanto privado como público-, que está en definitiva, habilitada, es capaz de adoptar medidas eficientes frente al fenómeno delictivo.

Si bien, el rol de la comunidad es central, necesita también del complemento de las otras medidas, económicas, policiales y judiciales.

La comunidad es producto de un grupo de personas que comparten un espacio común, una historia, y una similar expresión cultural. Una comunidad se reconoce a sí misma y es reconocida por otros. A partir de lo anterior, se plantearán las siguientes hipótesis:

- Una comunidad no habilitada se repliega en el individualismo y no es capaz de proteger la totalidad de su espacio. Esta actitud genera un abandono del control sobre los espacios públicos, los cuales se convierten en espacios de nadie. lo cual a su vez, produce un aumento de la percepción de inseguridad al interior de una comunidad, al estar más expuesta a riesgos de carácter delictivos.
- Una comunidad habilitada, capaz de ejercer efectivamente una apropiación, intervención y control sobre sus espacios comunes - públicos-, está menos expuesta a actos delictivos, es una comunidad que se siente más segura.
- Una comunidad habilitada es posible de ser reconocida a través la observación de sus productos sociales -organizaciones, acciones realizadas comunitariamente, intervención física del espacio, etc.-

Hochschilds relata la forma en que en la ciudad de Nueva York se disminuyó la delincuencia. La premisa convencional acerca de este fenómeno es que no se trata de una actividad voluntaria y que en el fondo es impulsada por la degradación social y económica.

Si se trata de procurar que el ciclo de violencia retroceda, es necesario cambiar el mensaje que se envía a la sociedad, restableciendo a la policía en una posición en la que pueda ejercer auténticamente su labor.

Hochschilds cita a Kelling y Wilson en su artículo "Ventanas Rotas" en donde se plantea que el primer paso para reintroducir algún grado de orden en estos barrios es el concentrarse en restablecer en la comunidad las normas básicas de vida. "Esto quiere decir que en vez de dedicarse a los crímenes más graves, la policía tiene que controlar los delitos menores, desde la borrachera en los lugares públicos hasta, por ejemplo, la contaminación acústica y la basura en las calles" (Hochschilds, 1995:). La delincuencia se había impuesto de tal modo que dar vuelta a la manzana de noche era peligroso.

La policía de Nueva York consideró que era necesario redefinir las pautas de vida cívica y para ello había que comenzar con lo básico. La falta de sanción a las infracciones y disturbios menores en la vida cotidiana conduce inevitablemente a los criminales a pensar que pueden actuar con impunidad. Desde que se comenzó a limpiar el barrio, se calcula que entre el 70 y el 85% de la comunidad se ha puesto del lado de la policía

Si la policía se ocupa de los delitos menores, los mayores y más violentos seguirán inevitablemente el mismo camino, pero aún así al combatir los delitos contra la calidad de vida se asegura una vigilancia eficaz. Los policías no sólo han recuperado un papel activo en la protección del bienestar de la comunidad, sino que deben salir de sus patrulleras y volver a las calles. Al mantener contacto permanente con la comunidad, la policía se percata de lo que sucede y puede construir un servicio de información a nivel de la población.

Desde 1993 hasta 1995 la ciudad de Nueva York ha bajado a la mitad su recuento criminal. El total de delitos graves se ha reducido en un 27%, siendo que el homicidio ha disminuido en 37,3%. cada mes, en promedio, conservan la vida 44 personas más que el mes anterior. Las calles se ven más limpias, ya no hay prostitución, ni venta de drogas en el espacio público. La sociedad se siente más segura y es capaz de apoderarse de su propio espacio.

Una comunidad que se siente segura en su espacio es capaz de intervenirlo, controlarlo y colaborar con las instituciones policiales y judiciales.

Se está, entonces, en condiciones de decir que los factores que inciden en que una población se auto perciba como segura son: la presencia de una comunidad habilitada, un control policial efectivo y espacios físicos adecuados.

Es necesario señalar que también existen factores personales que influirán en la percepción de seguridad, tales como las experiencias vividas de haber sido víctima de un acto delictual. Este factor será denominado como victimización.

Este trabajo contribuye a la reflexión sobre las acciones que tanto el Estado, las municipalidades, los organismos de control y de justicia, como los propios involucrados deben asumir para mejorar la calidad de vida de la ciudadanía. De esta forma, como se dijo anteriormente, la ciudad podría ser un espacio privilegiado de formación de identidad colectiva.

En definitiva, la seguridad urbana no es una cuestión de mero control policial urbano: sólo es posible si la ciudad alcanza un nivel adecuado de integración social en su más amplia acepción, debiendo además desarrollar y aplicar una normativa urbanística que favorezca la igualdad, facilite el acceso a las instituciones públicas, posibilite la integración e impida o dificulte la formación de áreas espacialmente segregadas, constituyendo - junto a la calidad espacial del medio urbano - un factor de vital importancia para una mejor calidad de vida sustentable.

ARQ. AGUSTÍN GARCIA PUGA

Fuentes consultadas

CARRION, F.: *De la Violencia Urbana a la Convivencia Ciudadana, en Ciudad y Violencias en América Latina, PGU, Serie Gestión Urbana N° 2, Ecuador, 1993.*

HOCHSCHILDS, A.: *Nueva Línea De Defensa Urbana. La Lucha Contra Delincuencia En La Ciudad De Nueva York, en Estudios Públicos N° 60,, Centro de Estudios Públicos, Chile, 1995.*

VANDERSCHUEREN, F.; *La Violencia Urbana, Los Pobres de la Ciudad y Justicia en Ciudad y Violencias en América Latina PGU, Serie Gestión urbana 2, Ecuador, 1993.*